

My dear brothers and sisters in Christ,

Easter is the greatest feast of the Church. Why? Because Easter is not simply about remembering a dead person. Easter is about Jesus Christ, who truly rose from the dead. The resurrection is the foundation of our faith, our hope, and our future.

The resurrection proves who Jesus is. He is not only a teacher, not only a prophet, not only a miracle worker. He is the Son of God, the Lord of life, the conqueror of sin and death. Death could not hold him. The tomb could not keep him. The stone could not block him. Christ is victorious.

This is why the disciples were changed so deeply. Before the resurrection, they were afraid, confused, and hiding behind closed doors. But after seeing the Lord risen, they became fearless. They went to the ends of the earth preaching Christ. Many of them suffered and died for him. Why? Because they were absolutely sure: Jesus is alive. They had seen him. They had spoken with him. They had touched the wounds of the risen Lord. Their faith was no longer a theory. It became certainty.

Jesus had told them earlier, as we hear in Saint John's Gospel: "*I go to prepare a place for you.*" Because Jesus rose, the disciples believed that death is not the end. They believed that Christ would receive them into eternal life. This gave them courage. This gave them strength. This gave them hope.

Some people ask: if the resurrection is true, why do the four Gospels tell it in slightly different ways? But that difference is not a weakness. It is actually a strength. The Gospels were written years after the death and resurrection of Jesus, based on living faith, memory, preaching, and the needs of different Christian communities. Each evangelist highlights different details. If all four accounts were exactly word-for-word the same, we might suspect copying. But when each Gospel gives the same truth with different details, it shows authentic witness. Like a person signing his name several times: each signature is slightly different, yet it is the same person. So we do not doubt the resurrection because of the differences. Rather, we believe it more deeply because all four Gospels proclaim the same central truth: the tomb was empty, and Jesus is risen.

Now let us come to one special person on Easter morning: Mary Magdalene, the messenger of the resurrection. Mary Magdalene went to the tomb early in the morning. She came with sorrow, pain, and confusion. Her life had once been in

darkness, but Jesus had changed her life with his love. Now, after his death, she felt lost again. When she approached the tomb, she carried many burdens.

First, she carried the burden of loneliness. Jesus, whom she loved, had died. Her heart was broken.

Second, she walked in the darkness before dawn. That darkness was not only around her; it was also within her. It was the darkness of grief, hopelessness, and despair.

Third, she was going to a graveyard, a place of silence, lifelessness, and fear. A tomb is a sign that everything has ended.

Fourth, she expected to see the heavy stone blocking the entrance. That stone was not only physical; it also symbolized the heavy burdens in her heart.

But when she arrived, everything had changed. The stone had been removed. The tomb was empty. Jesus was no longer there among the dead. At first, this seemed like another problem. But in fact it was the beginning of hope. What Mary could not yet understand was this: when Jesus seems absent, he may already be at work in a greater way. Mary came searching for a dead body, but she encountered the living Lord.

This is the message of Easter for all of us. Many of us also walk with Mary Magdalene. Sometimes we carry loneliness. Sometimes we live in darkness. Sometimes we stand near the tombs of our disappointments, our failures, our fears, our sickness, our grief. Sometimes we see only the heavy stones in front of us.

But Easter tells us: the stone can be rolled away. The tomb is not the end. Christ is alive. If we search for Jesus, we will find hope. If we stay close to Jesus, despair will not have the final word. If Christ overcame death, then he can also help us overcome sin, fear, suffering, and hopelessness.

The resurrection tells us that God can bring life out of death, light out of darkness, hope out of despair. So today let us ask ourselves: Do I truly believe that Jesus is alive? Do I believe that he has power over my fears? Do I believe that he can roll away the stones in my life? Do I believe that even in my darkest moment, Christ can bring new life?

My dear friends, Easter is our victory. Because Christ rose, we have hope. Because Christ rose, our faith is not empty. Because Christ rose, death is not the end. Because

Christ rose, heaven is open. Let us therefore look for Jesus as Mary Magdalene did. Let us cling to him with faith. Let us bring our darkness to his light. Let us bring our wounds to his mercy. Let us bring our fears to his victory. And let us remember: the risen Lord who left the tomb is still with us. He walks with us. He strengthens us. He leads us. And one day, he will call us also to share in his resurrection.

May this Easter give us new faith, new hope, and new life. Happy Easter to you all. Alleluia! Alleluia!

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La Pascua es la fiesta más grande de la Iglesia. ¿Por qué? Porque la Pascua no consiste simplemente en recordar a una persona fallecida. La Pascua trata sobre Jesucristo, quien verdaderamente resucitó de entre los muertos. La resurrección es el fundamento de nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro futuro.

La resurrección demuestra quién es Jesús. Él no es solo un maestro, no es solo un profeta, no es solo un hacedor de milagros. Él es el Hijo de Dios, el Señor de la vida, el vencedor del pecado y de la muerte. La muerte no pudo retenerlo. La tumba no pudo encerrarlo. La piedra no pudo bloquearle el paso. Cristo es victorioso.

Esta es la razón por la que los discípulos experimentaron un cambio tan profundo. Antes de la resurrección, sentían miedo, estaban confundidos y se escondían tras puertas cerradas. Pero después de ver al Señor resucitado, se volvieron intrépidos. Fueron hasta los confines de la tierra predicando a Cristo. Muchos de ellos sufrieron y murieron por Él. ¿Por qué? Porque tenían la certeza absoluta: Jesús está vivo. Lo habían visto. Habían hablado con Él. Habían tocado las heridas del Señor resucitado. Su fe ya no era una teoría; se convirtió en certeza.

Jesús les había dicho anteriormente, tal como escuchamos en el Evangelio de San Juan: «Voy a prepararles un lugar». Debido a que Jesús resucitó, los discípulos creyeron que la muerte no es el final. Creyeron que Cristo los acogería en la vida eterna. Esto les infundió valor. Esto les dio fortaleza. Esto les dio esperanza.

Algunas personas preguntan: si la resurrección es verdadera, ¿por qué los cuatro Evangelios la relatan de maneras ligeramente diferentes? Pero esa diferencia no constituye una debilidad; de hecho, es una fortaleza. Los Evangelios fueron escritos años después de la muerte y resurrección de Jesús, basándose en la fe viva, la memoria, la predicación y las necesidades de las distintas comunidades cristianas. Cada evangelista destaca detalles diferentes. Si los cuatro relatos fueran exactamente idénticos, palabra por palabra, podríamos sospechar que hubo copias. Pero cuando cada Evangelio presenta la misma verdad con detalles distintos, ello demuestra un testimonio auténtico. Es como una persona que firma su nombre varias veces: cada firma es ligeramente diferente, y, sin embargo, se trata de la misma persona. Por lo tanto, no dudamos de la resurrección a causa de estas diferencias. Más bien, lo

creemos con mayor profundidad porque los cuatro Evangelios proclaman la misma verdad central: la tumba estaba vacía y Jesús ha resucitado.

Ahora dirijamos nuestra atención a una persona especial en la mañana de Pascua: María Magdalena, la mensajera de la resurrección. María Magdalena acudió a la tumba muy temprano por la mañana. Llegó cargada de tristeza, dolor y confusión. Su vida había transcurrido alguna vez en la oscuridad, pero Jesús la había transformado con su amor. Ahora, tras su muerte, se sentía perdida de nuevo. Al acercarse a la tumba, llevaba consigo muchas cargas.

En primer lugar, cargaba con el peso de la soledad. Jesús, a quien ella amaba, había muerto. Tenía el corazón destrozado.

En segundo lugar, caminaba en la oscuridad previa al amanecer. Esa oscuridad no solo la rodeaba; también habitaba en su interior. Era la oscuridad del duelo, de la desesperanza y de la desolación.

En tercer lugar, se dirigía a un cementerio: un lugar de silencio, de ausencia de vida y de temor. Una tumba es el signo de que todo ha llegado a su fin.

En cuarto lugar, esperaba encontrarse con la pesada piedra que bloqueaba la entrada. Esa piedra no era meramente física; simbolizaba también las pesadas cargas que oprimían su corazón.

Pero, al llegar, todo había cambiado. La piedra había sido removida. La tumba estaba vacía. Jesús ya no se encontraba allí, entre los muertos. Al principio, esto le pareció un problema más. Pero, en realidad, era el comienzo de la esperanza. Lo que María aún no lograba comprender era esto: cuando Jesús parece ausente, es posible que ya esté obrando de una manera aún más poderosa. María acudió en busca de un cuerpo inerte, pero se encontró con el Señor viviente.

Este es el mensaje de la Pascua para todos nosotros. Muchos de nosotros también caminamos junto a María Magdalena. A veces cargamos con la soledad. A veces vivimos en la oscuridad. A veces nos detenemos junto a las tumbas de nuestras decepciones, de nuestros fracasos, de nuestros miedos, de nuestras enfermedades, de nuestro dolor. A veces solo vemos las pesadas piedras que se interponen en nuestro camino.

Pero la Pascua nos anuncia: la piedra puede ser removida. La tumba no es el final. Cristo está vivo. Si buscamos a Jesús, hallaremos esperanza. Si permanecemos cerca de Jesús, la desesperación no tendrá la última palabra. Si Cristo venció a la muerte, entonces también puede ayudarnos a vencer el pecado, el miedo, el sufrimiento y la desesperanza. La resurrección nos dice que Dios puede sacar vida de la muerte, luz de la oscuridad, esperanza de la desesperación. Así que, hoy, preguntémosnos: ¿Creo verdaderamente que Jesús está vivo? ¿Creo que Él tiene poder sobre mis miedos? ¿Creo que Él puede remover las piedras de mi vida? ¿Creo que, incluso en mi momento más oscuro, Cristo puede traer vida nueva?

Queridos amigos, la Pascua es nuestra victoria. Porque Cristo resucitó, tenemos esperanza. Porque Cristo resucitó, nuestra fe no está vacía. Porque Cristo resucitó, la muerte no es el final. Porque Cristo resucitó, el cielo está abierto. Busquemos, pues, a Jesús, tal como lo hizo María Magdalena. Aferrémonos a Él con fe. Llevemos nuestra oscuridad a su luz. Llevemos nuestras heridas a su misericordia. Llevemos nuestros miedos a su victoria. Y recordemos: el Señor resucitado, que dejó el la tumba sigue con nosotros. Él camina con nosotros. Nos fortalece. Nos guía. Y un día, nos llamará también a compartir su resurrección.

Que esta Pascua nos traiga nueva fe, nueva esperanza y nueva vida. ¡Feliz Pascua a todos! ¡Aleluya! ¡Aleluya!